

EL SOCIALISMO TITISTA OTRA VEZ EN CONFLICTO CON EL KREMLIN

El Congreso de la Liga de los comunistas yugoslavos reunido en Liubliana entre el 22 y el 26 del pasado mes de abril ha puesto otra vez de relieve el conflicto táctico e ideológico que separa Belgrado de Moscú. Parece que, sin quererlo, tanto Kruschev como Tito siguen la línea indicada por Djilas en su libro *The New Class*: el comunismo es dictatorial y totalitario o deja de existir. La misma estructura del comunismo impone a Kruschev la actitud que había adoptado Stalin ante las pretensiones desviacionistas de Tito, y esta misma estructura impone a Tito la separación del organismo soviético, ya que Yugoslavia dejaría de ser libre en medio del bloque capitaneado por Moscú. Quien se entrega, desaparece. Yugoslavia tiene ya detrás de sí un pasado demasiado elocuente para aceptar la suerte de Hungría o de Rumania, sus vecinos. La fórmula titista, con todos los defectos de un régimen exento de libertades, tiene sus méritos, comparada con la vieja fórmula de la rigidez soviética llevada por Stalin a las cumbres de la incompreensión con respecto al individuo y a la nación. Tito ha creado un sistema de convivencia para las varias nacionalidades que constituyen la república federal yugoslava y ha otorgado a los obreros derechos de control sobre las empresas que Rusia no ha logrado aún implantar en la «patria del socialismo» después de cuarenta años de promesas y esfuerzos. Hoy en día el comunismo yugoslavo se encuentra más cerca del laborismo que del comunismo *ortodoxo*, o por lo menos tiende hacia este ideal. Lo repetimos: el sistema titista no es una perfección, pero dentro del marxismo es la única fórmula que se preocupa por el hombre, otorgando ciertas libertades a un conjunto de pueblos que han encontrado en el sistema patrocinado por Belgrado un mínimo de bienestar y de garantías.

Es evidente, por otro lado, que el titismo no puede vivir aislado y que necesita una estrecha colaboración con la India y con Egipto para sobre-

vivir y para darse a sí mismo un aire internacional. Pero esta colaboración que en un momento parecía estable y definitivamente asegurada, empieza a tambalearse. Ninguno de los aliados de Tito, los llamados «neutralistas», han elegido el comunismo como doctrina de sus Estados, a pesar de que Nasser inclina cada vez más hacia Moscú, por lo menos en apariencia, y Nehru hacia Occidente. Dentro del mismo bloque soviético, varias repúblicas llamadas populares hubieran preferido el rumbo titista. Tanto Hungría como Polonia, trataron de elegir ellas mismas su destino en este sentido, pero sólo Polonia logró destacarse, proclamando un principio que el mismo Krushev había formulado hace dos años y que el secretario general del partido comunista soviético parece haber olvidado: el derecho de cada país de elegir su camino hacia el socialismo. Esta fórmula debe la bendición suprema tanto a Gomulka como a Tito, y fué posible en un momento en que Krushev parecía animado por los mejores sentimientos, después de su toma de posición antiestalinista y después de su visita a Belgrado, donde se habían olvidado en un fraternal abrazo los rencores pasados y el conflicto provocado por Stalin y su excesivo centrismo.

Pero bastó la rebelión polaca y el estallido de Budapest para que el nuevo rumbo inaugurado por Krushev fuese abandonado con una espantosa rapidez. Rusia volvió al stalinismo en pocas horas, en las horas precisamente en las que aplastó a los rebeldes de Budapest. Polonia supo ser fuerte y logró una semi-independencia, colocada, sin embargo, encima de un volcán.

Resultaba claro para cualquier comunista soviético que la culpa de las rebeliones la tenía Tito, el autor de la «vía nacional hacia el socialismo». Ya que el comunismo, según lo habían demostrado los acontecimientos del otoño de 1956, es uno solo o deja de existir. De aquí, por un lado, los desesperados refuerzos de Krushev para conseguir la rendición de Tito y la resistencia de éste por el otro, en el marco de un juego peligrosísimo, ya que de la integración o la no integración de la pequeña Yugoslavia en el bloque «monolítico» del comunismo depende la suerte de la «revolución mundial». Si Tito y su sistema siguen resistiendo, lo de Polonia y Hungría puede repetirse a cualquier hora y en cualquier parte, abriendo en el *monolite* grietas incurables. De aquí la importancia del Congreso de Liubliana y el rencor staliniano del camarada Krushev que, en el último momento, decidió retirar la participación rusa en dicho Congreso. El gesto fué inmediatamente imitado por todos los «satélites», salvo Polonia, cuyo delegado fué el único representante del bloque comunista a presenciar el entusiasmo con el que los 1.700 participantes aclamaron los principios de la

independencia yugoslava con respecto a Rusia y la decisión expresada en el discurso de Rankovich para oponerse a cualquier intento extranjero, léase ruso, de inmiscuirse en los asuntos internos del comunismo yugoslavo.

Antes de dar cuenta de los trabajos del Congreso de Liubliana sería oportuno recapitular aquí las fases por las que han pasado las relaciones soviética-yugoslavas desde 1941 hasta hoy.

- el 5 de abril de 1941, los dos países firman un pacto de no agresión pocos meses antes del ataque alemán a Rusia;
- en el mes de noviembre de 1942 se forma en una aldea de Bosnia el Consejo yugoslavo de liberación nacional, organismo provisional de la resistencia, integrado por comunistas;
- en marzo de 1944, Moscú reconoce oficialmente a los partisanos de Tito y envía una misión militar;
- en abril de 1945, la U. R. S. S. y Yugoslavia firman un pacto de amistad y asistencia recíproca;
- el 28 de junio de 1948, el Kominform denuncia públicamente el régimen de Tito, acusándolo de desviacionismo ideológico y político. Se afirma en el comunicado del Kominform que un sistema despótico reina dentro del partido comunista yugoslavo, el cual ha favorecido a los campesinos a expensas de los obreros;
- del 21 al 29 de julio de 1944 el quinto Congreso del partido comunista yugoslavo rechaza las acusaciones conformistas y proclama su fidelidad a Tito;
- de 1949 a 1953, período de violenta polémica entre los dos países. En 1949 el Gobierno yugoslavo denuncia el tratado de amistad y asistencia de 1945 y los demás tratados firmados mientras tanto con los países «satélites». Los representantes diplomáticos son poco a poco retirados. Los países del Kominform inician el bloqueo económico de Yugoslavia. El sexto Congreso del partido comunista yugoslavo proclama otra vez su voluntad de seguir en su vía autónoma hacia el socialismo.
- el 28 de febrero de 1953, Yugoslavia, Grecia y Turquía forman la alianza balcánica, cuyas metas son netamente antisoviéticas;
- en junio de 1953, la U. R. S. S. y Yugoslavia vuelven a tener relaciones diplomáticas normales (Stalin había fallecido en marzo). Hasta 1954 Belgrado tiene relaciones con todos los satélites, igual que antes de la gran ruptura de 1948;
- en octubre de 1954, acuerdo comercial entre Moscú y Belgrado;

- el 2 de junio de 1955, Krushev visita la capital yugoslava y deplora, en un comunicado, lo que había pasado, afirmando el principio de absoluta paridad en lo que a las relaciones entre los dos países se refiere;
- en septiembre de 1955, nuevo acuerdo económico; importantes créditos soviéticos;
- del 12 al 24 de febrero de 1956, el XX congreso del partido comunista soviético, en el que se inicia la desestalinización.
- el 17 de abril de 1956, la decisión tomada a Moscú acerca de la disolución del Kominform es favorablemente recibida en Belgrado;
- del 1 al 23 de junio de 1956, viaje oficial de Tito a Moscú;
- en noviembre-diciembre de 1956, como consecuencia de la rebelión de Budapest, vuelve a encenderse la polémica entre Belgrado y el bloque comunista. Las dos partes tienen opiniones contrarias acerca de las causas de la rebelión, de la intervención rusa en Hungría y del arresto de Nagy. El 11 de noviembre, el mariscal Tito toma posición, con discurso pronunciado en la ciudad de Pola, en contra de la intervención soviética en Hungría;
- del 1 al 2 de diciembre de 1957, Tito y Krushev se encuentran en Rumanía y afirman su voluntad de reforzar la colaboración, afirmando el acuerdo que existe entre los dos Gobiernos acerca de los problemas de la política internacional;
- del 8 al 16 de octubre de 1957, el mariscal Zukov realiza una visita oficial a Yugoslavia;
- el 21 de noviembre de 1957, Yugoslavia se niega a firmar la declaración hecha en Moscú por los doce partidos de Europa oriental, declaración considerada incompatible con los principios ideológicos y políticos del titismo;
- del 22 al 26 de abril de 1958, séptimo Congreso del partido comunista yugoslavo en Liubliana.

El discurso de Tito en Liubliana, a pesar del tono mesurado y pacífico, y de los ataques que dirigió como siempre a la política occidental, no agradó en Moscú. Según el mariscal yugoslavo los dos bloques de potencias son responsables de la actual tensión internacional, mientras, dijo, la U. R. S. S. tiene la culpa inicial, debido a su política «inútilmente amenazadora», de la formación del Pacto Atlántico. Tal *objetividad* no puede gustar al Kremlin, sobre todo en este momento en el que todos los errores cometidos por Krushev desde que dirige la política de Rusia empiezan a dar sus frutos en todas partes. Otro punto poco aceptable en este momento en Moscú, fué

el pasado en el que Tito atacó al stalinismo, culpable de que los pequeños países en todo el mundo hayan perdido la fe en la U. R. S. S., ya que la política staliniana fué dirigida en contra de las libertades y la independencia de estos pequeños países, vecinos de Rusia. Ya que el camarada Kruschev está llevando la misma política que Stalin, según lo ha demostrado en Budapest, las palabras de Tito cayeron muy mal en Moscú. Las siguientes palabras tampoco pudieron agradar: «Se pone en duda el carácter socialista de nuestro país, se habla incluso de una línea anárquico-sindicalista. Se afirma, en el interior de los partidos comunistas, y luego se propaga a todas partes, que hay que tratar a Yugoslavia con tacto y volver a educarla para conducirla otra vez al campo socialista. Nos resulta difícil comprender tal miopía, y una tal falta de respeto para con nuestro país. No es, por este camino, por el que se llega al desenvolvimiento de la confianza y de las buenas relaciones entre los países socialistas, y sería extremadamente útil que estos amigos abandonasen por fin sus absurdas tendencias, cuyo resultado es dañar y poner trabas en el normal desarrollo de nuestras recíprocas relaciones.» La alusión a la U. R. S. S. es evidente. El mariscal no pudo terminar su discurso sin atacar a los partidos socialistas occidentales, los cuales se han interesado demasiado por el caso Djilas, al cual Tito ha definido como un traidor, un renegado, un loco que sueña con la restauración del capitalismo en Yugoslavia. Lo que demuestra que el libro de Djilas, como también su actitud, ha tenido una gran repercusión en el alma de los yugoslavos.

Sin nombrar a la hermana mayor, Rankovich ha atacado en su discurso, con el que continuaron los trabajos de la conferencia de Liubliana, la política de intromisión del Kremlin. Tachó de absurdas las afirmaciones de «ciertos países», según las cuales Yugoslavia estaría sentada en dos sillas, y, llamándose socialista, se obligaría con demasiada facilidad ante las potencias imperialistas. «Si así fuera, dijo Rankovich, nos hubiéramos doblegado también en 1948 ante la presión propagandística dirigida en contra de nosotros por varios países.» La alusión a la propaganda de los cominformistas, dirigida por Moscú, en contra del régimen de Tito, era demasiado clara. Los participantes se alzaron de pie y aplaudieron, cantando canciones patrióticas que recordaban a todos, los momentos en que Yugoslavia resistió sola ante la presión de Stalin y de sus «satélites». Rankovich continuó: «Nuestro pueblo se pregunta qué lógica pueda tener la política de los gobiernos de aquellos países que se preocupan no tanto por su desarrollo socialista, cuando por interferir en los asuntos internos de Yugos-

JUAN DACIO

lavia.» Otros aplausos, ya que la U. R. S. S., sin ser nombrada, aparecía como el principal interferente.

Lo que con mayor relieve se ha desprendido de dicho Congreso ha sido el hecho de que el señor Krushev no ha abandonado el sistema de las presiones a las que recurría Stalin para obtener obediencia absoluta dentro del campo socialista. Esta es la principal conclusión que todos los observadores occidentales, y también yugoslavos han sacado después de los discursos de Liubliana. La U. R. S. S. se encuentra otra vez en pleno stalinismo. Yugoslavia fué obligada, por consiguiente, a tomar las mismas medidas, que las de 1948, cuando Stalin la proclamó oveja negra del comunismo. El «monolitismo», tan pregonado por el Kremlin, está en peligro, en un momento de crisis general en el espacio soviético.

JUAN DACIO.